

NOTAS NECROLÓGICAS

JULIÁN MARÍAS AGUILERA

(1914-2005)

IN MEMORIAM

ANA MARÍA ARAÚJO
UNIVERSIDAD DE LA SABANA
ana.araujo@unisabana.edu.co

El 15 de diciembre de 2005 dejaba esta vida para siempre el profesor Julián Marías Aguilera. Fallecido en Madrid a los 91 años, nació en Valladolid en 1914; era doctor en Filosofía por la Universidad de Madrid. Autor de más de cincuenta libros, entre ellos: *Introducción a la filosofía*, *Historia de la filosofía*, *Nuevos ensayos de filosofía*, *La antropología metafísica*, *La escolástica en su mundo y en el nuestro*, *Ortega y la idea de la razón vital*, *El existencialismo en España*, *Idea de la metafísica*, *Biografía de la filosofía*, *Ortega, circunstancias y vocación*, *Método histórico de las generaciones*, *La imagen de la vida humana*, *El oficio del pensamiento*, *Justicia social y otras injusticias*. Se consideraba miembro de lo que él mismo denominó Escuela de Madrid, junto con Zubiri, García Morente, Gaos, Ferrater Mora. Obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 1996, mantuvo una columna en el ABC y en periódicos Argentinos. Fue profesor de varias universidades en Argentina y en Estados Unidos –parte de su obra se encuentra traducida al inglés– en universidades como Wellesley College, Harvard, Yale e Indiana. Fundó con Ortega y Gasset el Instituto de Humanidades (1948-1950). Fue director del Seminario de Estudios de Humanidades, y también miembro de La Real Academia de la Lengua y de La Real Academia de Bellas Artes, y Doctor *honoris causa* de la Universidad de Salamanca. Hombre íntegro, y filósofo en cuyo pensamiento hubo espacio para lo cotidiano, para lo metafísico, para el quehacer vital, la responsabilidad, el amor y el enamoramiento. Fiel a sus amigos, a quienes dedicó entrañables páginas en sus memorias: *Una vida en presente*. Buscador permanente de la verdad, con una ingente necesidad de conocer e interpretar el mundo desde dentro, y a la vez con la suficiente distancia que se requiere para poder iluminarlo.

Fiel a los consejos de su maestro y amigo José Ortega y Gasset, supo *hacer de la claridad la cortesía del filósofo*. Como Miembro de Número de la Real Academia de la Lengua, se sirvió magistralmente del idioma para expresar su pensamiento tanto en el ámbito filosófico como en el sociológico. Tal vez por ello, al leer y estudiar a Marías resulta fácil de seguir

la exposición que fluye profunda y consistentemente. Su manejo del idioma le permitió introducir palabras y combinaciones de vocablos para expresar algunos rasgos de la condición humana, cuando no las encontraba a mano. Cabe señalar la introducción de términos como *futurizo*, para expresar esa condición vectorial según la cual el ser humano siempre se encuentra orientado hacia el futuro; o *instalación sexuada*, para indicar cómo el ser humano se encuentra *instalado* en su propio sexo. Como filósofo de su tiempo, pensó sobre la mujer, su ser y su quehacer, sobre las relaciones humanas, sobre la temporalidad, sobre la técnica en relación con la vida humana.

Su pensamiento suscita un particular interés por ser parte de la Escuela de Madrid, enmarcado en la filosofía personalista, la tradición realista y el vitalismo de su maestro. Marías se fija con interés especial en la vida humana, no a modo de vitalismo biológico, sino biográfico. La vida humana es la *realidad radical* en la que arraiga todo lo demás. Por ello *la vida humana* es una realidad peculiar que envuelve *ontológicamente* el ser de mi *yo* y el del mundo. Recuerda a Ortega con su conocido “Yo soy yo y mi circunstancia”, y, como su maestro, comprende la responsabilidad personal ante la vida y su correlato: el mundo.

Una de las nociones centrales de su pensamiento es la de *estructura empírica*.¹ Marías considera que la comprensión del ser humano, el análisis del “yo”, no puede limitarse a la estructura analítica, *a priori*, por la cual comprendemos abstractamente en qué consiste la esencia de la vida, sino que hemos de detenernos en la vida concreta, vivida, que constituye la realidad de cada hombre, su quehacer ordinario con las cosas, consigo mismo, proyectándose históricamente. A esto llama *estructura empírica de la vida humana*. Es radicalmente importante el hecho de que el hombre tenga un cuerpo con una forma específica, una sensibilidad determinada, que sea temporal, que esté en *este* mundo y no en otro; no solo es una realidad corpórea, sino que tiene *esta* estructura corporal y no otra. A manera de ilustración, cabe señalar hechos biográficos resultantes de ella, como el reposar en la noche, trabajar en el día, tener unas expectativas concretas de años de vida, así como las diferencias que implica la condición sexuada, el correlato que existe entre sensibilidad y mundo. Para Julián Marías, la antropología tiene sentido desde la perspectiva de la estructura empírica, que

¹ Ver: Araújo, Ana María. (1992). *El pensamiento Antropológico de Julián Marías*. Bogotá: Universidad de la Sabana. La autora tuvo oportunidad de conversar con el profesor Marías acerca de su pensamiento y algunos rasgos de su vida. Con relación a la estructura empírica le dijo: “Es lo más característico de mi pensamiento. Llegué a ella, como explico en el prólogo de mi última edición de la *Antropología metafísica*, porque había un vacío entre la idea del hombre y la vida singular”.

es como se nos presenta el hombre concreto.

Al referirse a la vida humana, al *quien* que cada uno es, acude a nociones como la de biografía. No podemos referirnos de modo igual a un animal o a una figura geométrica, que a una persona. De ella conocemos su vida, lo que hace o hizo, sus trayectorias, de allí que dedique muchas páginas de su obra a profundizar en la realidad temporal y biográfica –narrativa– que cada quien es. La vida está constituida, entre otros, por la temporalidad en la cual se hace. Su estructura empírica es cerrada, pero su realidad personal está abierta, orientada hacia el futuro.

Julián Marías ha dejado este mundo, y vale la pena recordar con él algunas de sus reflexiones en torno a ese final del tiempo humano: morir es ser expulsado de la instalación corpórea, pero la vida consiste en una pretensión de eternidad. Ante esa realidad ineludible el hombre tiene que encontrar su sentido. La vida es pretensión de felicidad, la persona pre-tende, quiere ser feliz a través de su vida y de todas sus acciones, y esto confiere un sentido *unitario* a su quehacer. La pretensión de felicidad la desarrolla el hombre a través de toda su trayectoria vital, y se encuentra matizada por la muerte que, al marcarle el fin, le obliga a reconocerse como limitado de tiempo. Como lo dice en su *Antropología metafísica*: “Lo decisivo es que la felicidad no es distinta de la realidad de la vida humana. El hombre es indigente y no suficiente; su vida consiste en *necesitar* –lo que le falta y lo que tiene– para ser *él mismo*”, por ello, y consciente del límite, propone buscar la felicidad allí donde “la muerte no es una objeción” (255 y 278).

En 1931 conoció en la Universidad a la que sería su mujer desde 1941, Dolores Franco Manera, Lolita, con quien tuvo cuatro hijos. “Mi mujer fue lo más importante de mi vida. Con su muerte desapareció mi proyecto vital de tantos años, lo que le había dado su sentido. Yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa”, escribió en el ABC de Madrid. Marías definió al amor como una *instalación ontológica* en el ser del amado, y realmente lo vivió siempre así: “En el ser mismo de la persona que ama va incluida la persona amada en cuanto tal... La persona amada forma rigurosamente parte de la vida del que ama, como un momento de su constitución ontológica, y sin ella no se la puede entender. La persona enamorada no se agota en sí misma, sino que trasciende e incluye a la otra; y ésta es una esencial posibilidad ontológica del hombre. El amor –lo que es en verdad el amor– no se refiere a sus cualidades, a los actos, y mucho menos a los sentimientos de la persona amada, sino a su existencia... Y por eso es posible que sobreviva a la persona amada, y entonces ésta pasa a formar parte del ser que ama en el modo concreto de la privación”, escribió en *La obra de Unamuno: Un problema de filosofía en la Escuela de Madrid*.

Julián Marías, el maestro, el amigo, vivió eligiendo aquellas cosas frente a las cuales su partida no fue una objeción. Por eso también se queda; nos dejó el legado de una vida plétórica de sentido, de logros, de verdad, de coherencia, de cercanía. Por eso, para sus discípulos, y para quienes a través de ellos lo lleguen a conocer, seguirá iluminando sus proyectos vitales.